

UNAMUNO VISTO POR LOS MAJOREROS

Unamuno seen by majoreros

Marcial MORERA

Universidad de La Laguna

Fecha de aceptación definitiva: diciembre-02

RESUMEN: El análisis de la correspondencia que sus amigos de Fuerteventura, isla a la que había sido desterrado en 1924, mantuvieron con don Miguel de Unamuno pone de manifiesto el hondo sentimiento de admiración y respeto que los majoreros sintieron por nuestro autor y la huella imborrable que éste dejó en la isla.

Palabras clave: filología, literatura, biografía.

ABSTRACT: An analysis of the epistolary between Miguel de Unamuno and his friends in Fuerteventura, an island in the Canaries where he was confined, reveals majoreros' deep affection and admiration for this author, as well as the indelible memory Unamuno left on this island.

Key words: philology, literature, biography.

Para comprender en sus justos términos la altísima estima en que los majoreros de antaño y los de hogaño tenían y tienen a la persona de don Miguel de Unamuno, que convivió con ellos en Fuerteventura durante los cuatro meses que van de marzo a julio de 1924, y que, en la distancia, nunca los olvidó, es necesario conocer, aunque solamente sea de pasada, la fascinante personalidad de tan importante escritor, el de «más relieve y significación de la literatura española contemporánea», al decir de Ángel Valbuena Prat (*Historia de la literatura española*, p. 454). Vamos, pues, antes de analizar lo que los majoreros pensaban de don Miguel y sentían por él, a clasificar al objeto de esta opinión mediante un breve perfil psicológico de su personalidad, con especial atención a su manifestación en la convivencia con la gente de Fuerteventura. Solamente así estaremos en

disposición de comprender que había sobrados motivos para el encandilamiento de nuestros paisanos. Esperemos que nuestro autor, que era tan enemigo de los encasillamientos y clasificaciones, que impiden llegar a las verdaderas esencias (todo discurso impide, por definición, llegar a las verdaderas esencias), sepa perdonar, allí donde se encuentre, si es que en algún lado se encuentra, nuestro atrevimiento e irreverencia.

Pues bien, podríamos decir que lo que más certeramente define a don Miguel de Unamuno desde el punto de vista del carácter es su condición de vasco, el haber nacido y el haberse educado en una de las regiones españolas de más fuerte personalidad. El hecho fue observado ya por su compañero de generación Antonio Machado, en el poema que, con motivo de la publicación del ensayo *Vida de don Quijote y Sancho*, dedica a nuestro autor en su *Campos de Castilla*:

Este donquijotesco
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen manchego.

Obviamente, el hecho de que el adjetivo *fuerte* aparezca aquí en función epítetica nos indica que la cualidad por él designada, que puede entenderse tanto en el sentido físico como en el sentido moral, es considerada por el poeta andaluz como el rasgo más definidor de la gente del norte de España.

De esta condición de vasco, de la que nunca abdicó nuestro autor, a pesar de que pasó la mayor parte de su existencia en Castilla, tierra de la que se confesó rendidamente enamorado, emanan los rasgos más destacados de su imponente personalidad.

Primero, su potente sentido de la individualidad y de la independencia, que lo conducen al antidogmatismo más feroz y lo convierten en combatiente despiadado de todo tipo de sectas, tópicos, prejuicios, injusticias, etc., como demostró sobradamente en sus valientes, cuando no temerarios, enfrentamientos con el general Primo de Rivera, el rey Alfonso XIII y el general Millán Astray. «Nunca he podido ser un sectario —confiesa el mismo autor en su desgarrador *Diario íntimo*—, siempre he combatido todo dogmatismo, alegando libertad, pero en realidad por soberbia, por no formar en fila ni reconocer superior ni disciplinarme» (p. 18).

Sea cual sea la razón de este antidogmatismo que comentamos (que, como vemos, el mismo autor atribuía a perversión de su ego), lo cierto es que se percibe siempre en don Miguel una denodada lucha agónica en busca de la propia personalidad, en busca de su propia identidad, que justifique su existencia como *individuo único e irrepitable*. Somos en tanto que aportamos algo propio; no si nos limitamos a repetir los planteamientos, los esquemas y los lugares comunes de los otros. De ahí sus arremetidas contra los encasillamientos y clasificaciones científicas, contra las creencias exclusivamente racionales y dogmáticas, que, ajenas al progreso espiritual, sólo intentan ordenar el mundo para huir de la sensación de

vacío existencial, su filosofía del «cadaunismo» y la fascinación (altamente peligrosa, si no se sabe atemperar) que su persona y su obra han ejercido siempre sobre todos sus lectores, especialmente sobre los más jóvenes.

En segundo lugar, también podrían estar relacionadas con su misma procedencia la perseverancia, la tenacidad y hasta la vehemencia que derrochó siempre don Miguel en la defensa de sus propios principios, planteamientos, creencias y actitudes. No olvidemos la fama de irreductibles que a pulso se han ganado los vascos a lo largo de su historia, una fama que justifica sobradamente el calificativo de hombres de «piedra blindada» con que los describe nuestro Miguel Hernández en su archiconocido poema *Vientos del pueblo*. Recordemos el texto:

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada.
valencianos de alegría
y castellanos de alma
labrados como la tierra
y airosos como las alas.

No hay en la trayectoria vital de Unamuno ni relajación ni decaimiento en la defensa de sus postulados y actitudes ideológicos, filosóficos, literarios, etc., sino más bien todo lo contrario: un afianzamiento cada vez más férreo en ellos, a medida que pasan los años, sobre todo en sus postulados antiacademécistas. Para él el academicismo era una de las mayores depravaciones de las sociedades humanas, y por eso no desaprovechaba la más mínima oportunidad que se le ofrecía para denunciarlo sin paliativos: «Y es en verdad tan reaccionario el purismo, que, contra una opinión muy extendida, creo firmemente que las peor escritas de nuestras publicaciones periódicas son las de matiz reaccionario, o llamémosle neo. Transpiran una insoportable pedantería, una infecunda afectación de pureza, un necio cuidado en la elección de vocablos. Son las que más aborrecen del galicismo, las que más descienden a cuestioncillas de propiedad de lenguaje, a gramatiquerías y tiquis miquis lingüísticos; son las que más circunfluyen a la idea con la palabra, las más pródigas en frases hechas y en giros de estribillo, las de lenguaje más muerto, trasunto fiel de la muerte de sus conceptos» («La prensa y el lenguaje», pp. 330-331). Esta fortaleza interna de don Miguel es la que explica su proeza titánica de plantarle cara él solito a toda la mala hierba que crecía en nuestro convulso país hacia finales del XIX y principios del XX, que no era poca. De ahí esa impresión de hombre enfrentado a toda una nación, si no a todo el mundo, que se tiene cuando se lee su obra, enfrentamiento que fue aumentando con el discurrir del tiempo, hasta el punto de que, como sabemos, don Miguel murió prácticamente abandonado de todas las facciones del país, tanto de los fascistas del general Franco como de los izquierdistas de la República. Solamente su vida familiar, sus largas caminatas por los distintos ámbitos de la geografía española y portuguesa y sus juegos de entretenimiento, como las pajaritas de papel, los solitarios, etc., parecen haber servido de válvula de escape a tal volcán de nervio y energía interna. Ya nos dice uno de nuestros principales informantes, don Jesús Pérez Naranjo, que

a Unamuno «las excursiones (en este caso, por Fuerteventura) le servían de descanso».

En tercer lugar, también parece estar íntimamente relacionado con su condición de vasco su estricto código ético, un tanto jesuítico. No olvidemos que nuestro autor era un ferviente admirador de su paisano y fundador de la Compañía de Jesús San Ignacio de Loyola. Estas rígidas convicciones morales, tan poco meridionales, lo convierten en una persona absolutamente contenida en los aspectos más comunes del cotidiano vivir, lo que le proporciona cierto aspecto de eremita o personaje ascético.

Por una parte, sabemos que era rigurosamente sobrio en el comer e intransigentemente abstemio. «Recuerdo que don Miguel era muy sobrio en la comida y en la bebida», confiesa el mencionado Pérez Naranjo a su entrevistador Vicente Borges.

Por otra, su idea sobre la mujer encajaba más en la tradición conservadora que en las corrientes que propugnaban su liberación de las ataduras tradicionales. De ahí, la dureza de las palabras que dedica en su *Cómo se hace una novela* a su admiradora la poetisa argentina Delfina Molina, que tuvo el atrevimiento de irlo a visitar a Fuerteventura en sus días de destierro: «Y entonces, al final de mi confinamiento en la isla, después de que mi hijo mayor hubo venido con su mujer a juntárame, presentóseme una dama —a la que acompañaba, para guardarla acaso, su hija— que me había puesto casi fuera de mí con su persecución epistolar» (p. 746).

Por los demás, era enormemente cuidadoso y escrupuloso en el vestir y en el aseo personal, según nos dice el mismo Pérez Naranjo: «En cuanto al resto del atuendo, era todo un gran caballero. Pulcro, limpio, de manos muy finas y blancas y de cuidada barba, que contrastaba con el color de la piel, parecida a la de un indio comanche. Tampoco usaba corbata». Como se ha dicho siempre, con su atuendo sistemáticamente negro, don Miguel parecía más un pastor protestante que un ciudadano laico.

También era habitualmente persona de trato afable, cariñoso y exquisitamente respetuoso con los derechos de los demás, tal y como se comprueba fundamentalmente en su abrumador epistolario. Como ha señalado Sebastián de la Nuez en su ensayo *Unamuno y sus amigos canarios*, «a muchos sorprenderá —cuando se publique el inmenso epistolario unamuniano— la humana figura que se podrá dibujar con su sencillez, con sus pasiones y sus odios, que nos darán un hombre lleno de zozobras e íntimas inquietudes, un hombre llano y humilde, atento y preocupado por sus prójimos y amigos». Sobre todo, ponía un celo especial en escuchar al prójimo, como afirma Pérez Naranjo en la entrevista mencionada: «(Don Miguel) hablaba muy pausado, pero sin que diera la impresión de oírse a sí mismo. A todos concedía la máxima atención, pero cuando alguien hablaba demasiado, se apresuraba a rectificarle con una crudeza crítica, que solamente emplean los hombres sinceros y de temperamento. Esto del temperamento salía a flote, a las primeras de cambio, inesperadamente. Entonces se acabó la paciencia». Una de las cosas que más lo exasperaban eran esas bochornosas tertulias públicas en que

nadie escucha ni deja hablar al otro, como nos confiesa él mismo en su mencionado *Diario íntimo*: «Muchas veces he observado ese triste carácter de todas las conversaciones mundanas; el que sean más que diálogos, monólogos entreverados. Los que conversan permanecen extraños entre sí, siguiendo cada cual su línea de pensamiento. No se escucha con atención benévola, que (lo propio) se cree siempre más importante que lo ajeno. Casi nunca se llega a la confusión de afectos, a la unión de intención, a la comunicación de espíritus en lo que se conversa. Merece sería meditación eso de que sean tan frecuentes las interrupciones en las conversaciones mundanas; es un síntoma de enfermedad dolorosísima» (pp. 36-37). Sabía don Miguel que el hablar es el principal derecho del ser humano, porque el hablar es el que nos hace personas; pero que el derecho a hablar implica necesariamente la obligación de escuchar. Hablar y escuchar son, al fin y al cabo, las dos caras de una misma moneda. «Nunca observé —nos dice el citado Pérez Naranjo— que (don Miguel) le quitara la palabra a nadie y, mucho menos, que se constituyera en “centro” de tertulia. El centro, como es lógico, se lo ofrecían los demás».

Y no es sólo que Unamuno supiera escuchar. Es que, además mostraba siempre una comprensión infinita por las limitaciones del saber humano, aunque le molestaba la apatía del interlocutor, que éste no se empeñara en comprender. Es lo que pone de manifiesto la siguiente anécdota presenciada por Domingo Velázquez y relatada por Francisco Navarro Artilles en su articulillo «La tertulia en casa de don Ramón Castañeyra, en Puerto de Cabras». Cierta día se encontraba don Miguel en esta tertulia hojeando un periódico que acababa de recibir con la correspondencia. «Leyó un artículo, en voz alta, para todos los contertulios. Era un artículo sobre política nacional. Y preguntó: —¿Qué les parece? Nadie dijo nada. Entonces Unamuno comenzó a dar su opinión sobre el artículo: a medida que avanzaba en su perorata iba pulverizando las ideas expuestas por el articulista. Unamuno volvió a preguntar: —¿Qué les parece? Nadie dijo nada. Unamuno se removió levemente en su sillón, se levantó y, erguido, en voz alta, leyó de nuevo el artículo. Y a continuación empezó una ardorosa defensa de las ideas expuestas por el articulista, defensa que Unamuno asumía entusiásticamente como suya. Decía todo lo contrario de lo poco que antes había dicho. Unamuno se complacía en coincidir con el contenido ideológico del articulista. Terminó su segundo comentario, se mantuvo en silencio un corto espacio de tiempo. Al final, Unamuno preguntó de nuevo: —¿Qué les parece? Nadie dijo nada. Unamuno, con gesto contrariado, se inclinó, recogió la correspondencia que había dejado sobre un sillón de mimbre, la puso bajo el brazo y, sin volver la vista atrás, se marchó también en silencio».

Obviamente, que don Miguel fuera habitualmente una persona paciente no quiere decir que no se desbordara en ciertas ocasiones, cuando los planteamientos de los interlocutores le parecían absurdos o intransigentes. La sinrazón y la arbitrariedad —entre ellas la que demostró la dictadura de Primo de Rivera para desterrarlo a la isla— eran lo que más frenético lo ponían. Y esto se observa en su misma obra escrita, un tanto atrabiliaria, donde fustiga sin compasión a los que él creía que carecían de razón. «Con sinceridad debo decir que don Miguel poseía un

genio terrible y, en ciertas ocasiones, se manifestaba como un soberbio gigantesco», señala Pérez Naranjo en su testimonio citado. Algunos ejemplos de ello dejó incluso en la tradición popular de la isla. Se cuenta que, en cierta ocasión, don Francisco Medina Berriel, su hospedero de Puerto de Cabras, intentó llamarle la atención porque a ciertos vecinos les parecía indecente que don Miguel tomara sol completamente desnudo en la azotea del hotel. La respuesta de nuestro autor a esta recriminación fue tan tajante como lógica: «Yo no los miro a ellos. Que no me miren ellos a mí».

La misma alma férrea o moral estricta de don Miguel es la que explica también su tan particular sentido del humor, un sentido del humor no de chascarrillos o de fáciles chistes más o menos tabernarios, sino de inteligencia, que surgía de la contemplación desde arriba de los aspectos más absurdos de la realidad humana. «El espíritu crítico y la cultura grande y extendida a muy diversos ramos predispone a ver los contrastes ridículos y el lado grotesco de las cosas. He observado que cuanto más estrecho sea el espíritu de un hombre y más pobre y circunscrita su cultura, tanto más serio suele ser el sujeto y tanto más incapaz de ver lo humorístico», nos dice don Miguel en su artículo «Curiosidades», p. 342. El mismo concepto de humor expone nuestro autor en su trágico-cómica obra *Amor y pedagogía* (p. 165): «Porque, ¿qué otra cosa es el sentimiento de lo cómico sino el de la emancipación de la lógica, y qué otra cosa sino lo ilógico nos provoca a risa? Y esta risa ¿qué es sino la expresión corpórea del placer que sentimos al vernos libres, siquiera sea por un breve momento, de esa feroz tirana, de ese *fatum* lúgubre, de esa potencia incoercible y sorda a las voces del corazón». Es de nuevo Jesús Pérez Naranjo el que nos ratifica que Unamuno predicaba con el ejemplo. Le pregunta el periodista citado: «¿No le viste algún detalle humorístico a don Miguel?». Responde el entrevistado: «Cuando se instaló la fábrica de paraguas en Puerto Cabras. Aquello fue un desastre. ¿Una fábrica de paraguas en una isla de sol, brasas en el aire y lluvias poco frecuentes, era una gran burla? Don Miguel criticó la idea con una pregunta: “¿Paraguas? ¿Para qué agua?” Después soltó unas carcajadas de kilómetro y medio. Luego dijo: “Aquí no harán falta paraguas, pero los fabrican”, y siguió sonriendo». Se trata, sin duda, de un buen ejemplo de esas absurdas situaciones que más divertirían a don Miguel.

En cuarto lugar, también destaca en la robusta personalidad de Unamuno su afán por comprenderlo todo, su insaciable sed de conocimiento, que lo lleva a analizar e intentar explicarse, de la forma siempre más generosa posible, la multitud de personas y lugares que fue conociendo paulatinamente a lo largo de los fructíferos setenta y dos años de su vida. Así hizo en Fuerteventura, honrando con su amistad a sus moradores y proporcionando una interpretación enteramente nueva de ellos y de su tierra, una interpretación poética, es decir, creadora, que los redimió de los baldones que una tradición maldita de mezquinos intereses de la iglesia y los señores territoriales y una estrecha concepción utilitaria o economicista de la existencia habían echado sobre ellos. El mismo autor era consciente de que estaba creando la Fuerteventura moderna, como advierte en su ensayo *La Atlántida*:

«Platón inventó, creó, no descubrió, la Atlántida, y Don Quijote inventó, creó, no descubrió, para Sancho, la Ínsula Barataria. Y yo espero por la intercesión de Platón y de Don Quijote, o con la ayuda de ambos, inventar, crear y no descubrir la isla de Fuerteventura» (p. 66).

¿Cómo se veía a Fuerteventura antes de que Unamuno llegara a ella? Es decir, ¿cuáles eran las características que definían a esa realidad histórica, que no material, que llamamos Fuerteventura y a sus moradores?

Por una parte, en lo relativo al paisaje interior, Fuerteventura era considerada como un simple cacho de terreno largo, estrecho, algo accidentado y casi despoblado. Es lo que nos dice Torriani en su *Descripción de las Islas Canarias*: «Ésta es la isla más larga de toda Canarias. Es estrecha y poco habitada, teniendo en cuenta sus dimensiones; y es accidentada, aunque no tenga montes muy altos, sino alturas mediocres, muchas de las cuales fueron volcanes» (p. 68). Este paisaje tan primariamente descrito se veía siempre en función de la agricultura y la ganadería, de los medios de subsistencia. «Tiene abundancia de cebada y trigo —nos sigue diciendo el autor citado— y de ganados; y de una relación hecha por gente principal de la isla resulta que tiene 60.000 cabras y ovejas juntas, 4.000 camellos, 4.000 burros, 1.500 vacas y 150 caballos de monta» (p. 71).

Por otra parte, en lo relativo al mar, medio que tan poca importancia tuvo en la Fuerteventura señorial, las descripciones tampoco van más allá de lo puramente utilitario. Nos dice el inglés George Glas: «Las costas de Lanzarote y Fuerteventura proporcionan pescado de varias especies y en abundancia, en particular una especie de bacalao que aquí llaman cherne, de mejor gusto que el bacalao de Terranova o del Mar del Norte» (*Descripción*, p. 34).

Por último, en lo relativo a los majoreros, la tradición los presentaba como brutos, avaros, holgazanes y llenos de primitivas supersticiones. «Son, en general —nos dice el mismo viajero inglés citado— de gran estatura, robustos, fuertes y muy morenos. Por los habitantes del resto de las Islas Canarias son considerados rudos y toscos en sus maneras: creo que esto es cierto; pues por lo que he tenido oportunidad de observar en ellos, parecen avaros, rústicos e ignorantes» (*op. cit.*, p. 37). Así quedaba consumada la particular leyenda negra de Fuerteventura. Muchos de estos tópicos perduran hasta hoy mismo, como se observa incluso en nuestra tradición literaria. Recuérdese, por ejemplo, cómo retrata Carmen Laforet al personaje la majorera Vicenta en su novela *La isla y los demonios*, y refranes del tipo «majorero y burro negro de ciento sale uno bueno» que circulan por todas las islas.

Frente a esta descripción, maldita, chata, utilitaria y despectiva de la tradición, Unamuno nos va a presentar una isla mucho más trascendente, mucho más metafísica, por decirlo de alguna manera. Esta nueva visión es casi el resultado de un mero darle vuelta a la tortilla de la interpretación tradicional, de un mero juego de paradojas, método dialéctico tan querido al escritor.

Por una parte, frente a la tradición, que nos presentaba el árido paisaje interior de Fuerteventura como un mero hecho físico negativo para la obtención de beneficios económicos, Unamuno nos lo presenta como un espacio bíblico, ermitaño y conventual, asimilándolo al paisaje de su querida Castilla; y en torno a esta idea simbólica subordina las llanuras, los relieves mediocres, el suelo pardo y árido, la elementalidad de la isla, como vemos en el primer cuarteto del soneto XVI de su libro *De Fuerteventura a París*:

Ruina de volcán esta montaña
por la sed descarnada y tan desnuda,
que la desolación contempla muda

Esta identificación que establece Unamuno entre Fuerteventura y Castilla es importantísima para la isla, porque, a través de ella, se españoliza y se universaliza Fuerteventura; sale nuestra isla de su concha, de su anonimato histórico, y se convierte en el territorio canario más representativo de la idea que la generación del 98 tenía de España. «Fuerteventura me ha acompañado a París —dice el autor en la carta a Castañeyra con que encabeza la parte parisina del poemario *De Fuerteventura a París*—; es aquí en París donde he digerido a Fuerteventura y con ella lo más íntimo, lo más entrañado de España, que la bendita isla fuerteventurosa simboliza y concreta. Aquí en París, donde no hay montañas, ni páramo, ni mar, aquí he madurado la experiencia religiosa y patriótica de Fuerteventura».

Por otra parte, frente a la tradición, que presentaba también una visión utilitaria y simplificada del mar majorero, como mero medio de subsistencia, Unamuno nos presenta un mar metafísico, un mar paradójico y consolador de la sequía de la isla:

La mar piadosa con su espuma baña
las uñas de sus pies, y la esquinuda
camella rumia allí la aulaga ruda,
con cuatro patas colosal araña.

Por último, también frente a la tradición, que veía al majorero como una persona bruta, avara, holgazana y llena de primitivas supersticiones, Unamuno nos presentará un hombre noble, todo espíritu, que se limita a lo esencial, como el paisaje mismo de la isla:

Pellas de gofio, pan en esqueleto,
forma a estos hombres —lo demás conduto—
Y en este suelo de escorial, escueto,
arraigado en las piedras, gris y enjuto;
como pasó el abuelo pasa el nieto
sin hojas, dando sólo flor y fruto.

Bien analizada la historia de nuestra isla, se llega a la conclusión de que realmente existen dos Fuerteventuras: una Fuerteventura preunamuniana y una Fuerteventura unamuniana.

Solamente la generosidad de un alma grande podía llevar a cabo, en los escasos cuatro meses que estuvo entre los majoreros, revolución tan sorprendente y mantener la preocupación que siempre mantuvo por la isla. «Me preocupa mucho —le escribe a don Ramón Castañeyra— esa isla, me preocupa mucho lo que tengo que hacer para pagarle mi deuda de gratitud. Lo que he de escribir sobre ella en una obra que aspiro a que sea una de las más duraderas de mi tierra nativa... ¡Ah! ¿cuándo volveré a ver esas peladas montañas desde la mar en una barquita de Hormiga? ¿Cuándo volveré a sentarme en aquella roca, junto a aquellas ruinas, a brisarme el corazón acongojado con el canto eterno de la mar apaciguadora? ¡Qué raíces echó ahí mi corazón!». Los testimonios que de este afecto dejó don Miguel a lo largo de su vida fueron numerosísimos. Dámaso Alonso, por ejemplo, nos cuenta que paseando un día con el autor por las calles de Madrid, éste le «hablaba de Fuerteventura y de sus habitantes con entusiasmo y con verdadera ternura, y explicaba el reconocimiento que les tenía porque el mar, el cielo y la tierra de aquella isla habían reprimido su desesperación y dado entrada para el consuelo» (*Homenaje a Unamuno*, p. 8).

Es radicalmente falso, pues, que Unamuno dijera alguna vez que «Fuerteventura es el culo del mundo», y sus moradores «gentes sin honor y sin pudor». Ningún juicio grosero de esta naturaleza encontramos ni en la obra del autor ni en su biografía, al contrario de lo que han querido hacer creer injuriosamente ciertos politiquillos franquistas de la región y los miembros más reaccionarios de la iglesia, bulo que al final terminó calando entre algunas de las gentes de la isla más iletradas y desconocedoras de los escritos unamunianos. Aún hoy nos encontramos en Fuerteventura alguna que otra persona que participa de opinión tan infundada como infame. De alguna forma había que justificar la antipatía que el régimen sentía por el personaje y que su subversiva obra fuera consignada en el *Índice de libros prohibidos*, por recomendación del obispo Pildáin. La iglesia no solamente se sintió ofendida por el título del libro unamuniano *La agonía del cristianismo* (que, cosa normal en esta institución, interpretó en el sentido vulgar de 'angustia y congoja del moribundo cristianismo', y no en el etimológico de 'lucha o contienda del cristianismo' que le dio el autor), sino que, lo que es más importante, no perdonaba el librepensamiento y la conciencia crítica de don Miguel, que consideraba un pésimo ejemplo para el rebaño de Dios que dice apacentar. Obviamente, esta postura inquisitorial de la iglesia implicaba automáticamente la condena de todos aquellos que tuvieran algo que ver con el autor, niños incluidos. Para muestra, basta el siguiente botón. Me cuenta doña Isabel Oramas que fue testigo directo de la violenta recriminación que un párraco de Puerto del Rosario hizo a una pariente de don Ramón Castañeyra, por asistir a un homenaje que los majoreros estaban tributando a Unamuno.

En quinto lugar, por último, destaca también en la portentosa personalidad de nuestro autor su vastísima cultura, que alcanzaba toda la literatura universal, la filosofía, la religión, los saberes clásicos, diversos idiomas, etc. «Yo mismo —nos dice Jesús Pérez Naranjo— presencié una charla de Unamuno con siete extranjeros.

Allí comprobamos todos que dominaba una cantidad considerable de idiomas, con la misma seguridad que los nativos de esos países».

Si a esta fascinante y arrolladora personalidad de extensísimos saberes, unimos la fama de universal escritor y de valiente contestario de la dictadura de Primo de Rivera con que venía nimbada la persona del ilustre desterrado de la España peninsular, se comprenderá perfectamente la conmoción que tuvo que provocar don Miguel en los modestos habitantes del viejo caserío de Puerto de Cabras, formado a la sazón por una precaria burguesía comercial, encabezada por la familia Casteñeyra, y un paupérrimo puñado de pescadores, cabreros y agricultores. El siguiente soneto [titulado *Unamuno en Fuerteventura (Flash del recuerdo)*] de Domingo Velázquez, excepcional testigo de los hechos, nos proporciona una buena prueba de ello, al destacar entre todos los concurrentes aludidos en él la figura de don Miguel:

Casi como si fuera ayer, recuerdo la llegada
de un personaje extraño —genio del pensamiento
sobrio como este suelo, recio como su viento—,
a esta isla ermitaña de vida sosegada.

Alto, serio, barbado, de continente enjuto,
de aguileña nariz y ojos inquisidores;
desdeña al lavacaras, rehúsa los favores.
Hablador, silencioso. Viste siempre de luto.

Como si fuera ayer... Íbamos ese día
un grupo de muchachos ayunos de experiencia,
aunque el pecho encendido de ancestral rebeldía,
cuando, de ese conjunto, adelantóse uno
y su voz ardorosa dijo con eficacia:
'el que viene en el centro es Miguel de Unamuno'.

En efecto, si dejamos a un lado a algún que otro majorero, que, bien por falta de instrucción para calibrar cabalmente el alcance del valor de tan insigne huésped, bien por la ofensa que supondría para algunos de ellos la desfachatez de lo que considerarían un viejo loco, casi delincuente (al fin y al cabo nuestro autor había venido a la isla no por voluntad propia, sino para cumplir una condena), que se atrevía a romper sus sacrosantos moldes tradicionales (pienso, por ejemplo, en esos castos vecinos a los que el nudismo de Unamuno en la azotea del Hotel Fuerteventura les parecería simplemente escandaloso e intolerable), la inmensa mayoría de nuestros paisanos de la época, empezando por la burguesía de la capital, se convirtió rápidamente en devota de nuestro don Miguel, como demuestra la correspondencia que algunos de ellos, principalmente don Ramón Castañeyra, mantuvieron durante doce años con nuestro autor. Y no se trata de una devoción determinada exclusivamente por la delicadeza con que, como vimos, Unamuno los había tratado a ellos y a la isla misma, que algo de eso también había, como pone de manifiesto la carta que don José Castañeyra Carballo envía al autor

el día 21 de agosto de 1924: «Acostumbrados a que algunos que nos visitan insultan y hasta injurían a este rincón de España, al ver que un hombre superior no sólo no hace eso, sino que por el contrario ama como nosotros a este pedazo de tierra que baña el manso mar atlántico, y que proclama que es su nueva patria chica, nuestro corazón de patriotas se ensancha y lágrimas de agradecimiento ruedan por nuestras mejillas, y nuestras almas se elevan hasta Dios pidiendo salud y vida larga para nuestro sabio y buen amigo». También don Ramón Castañeyra reconoce, en el siguiente fragmento de su carta del 29 de septiembre de 1924, las atenciones que tiene el autor con la isla: «Emocionados leímos la cariñosa carta que nos dirige desde París y el comentario que dedica en el “Nuevo Mundo” a la cenicienta del hogar canario». Pero no, no es sólo el agradecimiento lo que encandila el espíritu de nuestros paisanos. Es que también eran perfectamente conscientes de la valía personal e intelectual de nuestro autor.

Para empezar, entendieron a la perfección la imponente autoridad intelectual y la alta misión histórica de don Miguel. Así, en una carta del año 1932 le escribe don Ramón Castañeyra lo siguiente: «Frecuentemente pienso en la labor inmensa que sobre usted pesa, tarea abrumadora, a la que sólo puede dar cima su privilegiada inteligencia y su admirable capacidad de trabajo. Y considero que tiene que hacer usted de traperero del tiempo, aprovechando todos los instantes, para corresponder a tantas obligaciones y compromisos. El rectorado, su cátedra, el parlamento, sus discursos en la universidad, sus conferencias en el Ateneo, en Málaga, en Alicante y donde quiera que le soliciten; sus jugosos comentarios en “El Sol”; y... acaso todavía le quede tiempo para concebir nuevas obras cual sazonados frutos de su fértil ingenio y férrea voluntad».

Que los majoreros reconocieron desde el primer momento la importancia intelectual de don Miguel lo ponen de manifiesto los siguientes hechos, que entresacamos de la correspondencia citada.

En primer lugar, el respeto que siempre le profesaron todos sus amigos de la isla, tanto en la convivencia directa con él como en la relación a distancia. «Si esta indicación que le hago, con superlativo atrevimiento, la considera disparatada, le suplico encarecidamente la considere como no escrita, con el ruego encarecido de que disculpe mi atrevimiento, que le he dirigido al amparo del afecto cariñoso que siento por usted», le escribe Ramón Castañeyra el 22 de abril de 1936, después de sugerirle que sólo su clarividencia podía sacar a España del marasmo en que por esas fechas se encontraba sumida.

Este respeto que comentamos les lleva incluso a disculpar al amigo ausente cuando su correspondencia se dilata más de lo deseable: «Como usted está sumamente atareado ruégole que no se moleste en escribir mucho; sus cartas vuelan, y basta con que usted escriba a un amigo para que todos nos enteremos», le encarece don Víctor San Martín en una carta del día 22 de agosto de 1924. La misma comprensión manifiesta don Ramón Castañeyra en una misiva suya del 1932: «No tiene usted que disculparse, mi inolvidable amigo, por el tiempo que lleva sin escribirme, pues, como usted dice muy bien, estamos enterados de su vida activa

de estos últimos años y de su empeño (...) por levantar a nuestra España del estado de postración y envilecimiento en que se encontraba».

En segundo lugar, el reconocimiento aludido se manifiesta también en el hecho de que algunos de los hijos de la isla terminaran confesándose ora discípulos, ora hijos intelectuales de don Miguel. Escribe el sacerdote Víctor San Martín en la carta citada anteriormente: «Yo de mí sé decirle, querido don Miguel, que le amo y venero como mi gran maestro; y que fueron los días más felices de mi vida los que transcurrieron en su amable compañía, de aquí el gran vacío que experimenté a su salida de Fuerteventura, vacío difícil de llenar tan pronto». Por su parte, Ramón Castañeyra confiesa al autor el cariño filial que siente por él: «Cuando leo y releo sus discursos y conferencias me siento orgulloso y envanecido porque se me figura que a mí también me alcanza algo de su gloria —perdóneme esta digresión— por cuanto una parte de su alma quedó aquí en esta bendita isla y de esa parte por lo menos una partícula me pertenece. En un orden más íntimo, siento por usted no sólo veneración, sino también cariño respetuoso que se tiene a un padre» (carta de 1932).

Y como maestro y padre intelectual que se le considera, don Miguel se convierte inmediatamente en modelo que todos quieren imitar. «Lo único que conservo de don Miguel es su afición por las artes y mi deseo de imitarle en cuanto a pensar bien», confiesa Jesús Pérez Naranjo. Así, se imitan algunas de sus costumbres cotidianas, como la de no usar sombrero, tal y como nos dice la misma persona citada: «Todos nosotros al verlo siempre destocado, con aquel pelo entero y el aspecto saludable, resistiendo a pie firme, sobre la cabeza, el rigor de los rayos solares, nos avergonzamos un poco pensando en su edad ya avanzada. Entonces decidimos no usar sombrero. Era un sabio y conocía el valor de la luz solar. Por lo visto, las insolaciones no podían con él». Esta moda del sinsombrerismo, que adopta a imitación de don Miguel la burguesía de la isla, empezará pronto a extenderse al resto de la población, que terminará igualmente por erradicar el uso del sombrero de su vida cotidiana.

También se imita la forma de hablar del afamado escritor: su neologismo *fuerteventuroso*, sus metáforas relativas a la isla (*roca de penitencia*, *isla sufrida y descarnada*...) y a *España (su majestad España)*, etc. Es lo que comprobamos en el siguiente fragmento de la citada carta de Víctor San Martín: «No quiero alargarme más, querido don Miguel. Que usted goce de tan buena salud como gozó en esta isla *fuerteventurosa* y que siga trabajando con éxito feliz por nuestra amada patria». También lo comprobamos en los siguientes fragmentos de otras tantas cartas de don Ramón Castañeyra: «Esta isla "*sufrida y descarnada*" donde tan hondas raíces echó su noble corazón, le recordará siempre» (carta de 1931); «Hace algún tiempo (...) que llegan hasta esta *roca* (donde hacemos en cierto modo *penitencia*, según certera expresión de usted) rumores incesantes del sesgo rencorosamente peligroso que va tomando la cosa pública» (carta de 1936); «elevó el ambiente espiritual de la Cámara al nivel que le corresponde (...) con el pensamiento señero en nuestra

España, en *su majestad España*, para mejor servirla sirviendo a nuestra común madre patria» (carta de 1932).

Y, por supuesto, también asumen nuestros paisanos unamunianos los planteamientos catastrofistas que don Miguel tenía de su querida España, en cuya formación creía el autor tanto protagonismo habían tenido sus paisanos vascos. «Todas nuestras glorias van unidas a lo más íntimo de las glorias españolas y creo poder decir que hoy en España lo más español acaso es el País Vasco» (*En torno a las artes*, p. 44). Estos planteamientos del rector salmantino y las expresiones de dolor con que los expresa lo inundan todo en el siguiente fragmento de la carta que Ramón Castañeyra envía al autor el 20 de febrero de 1925: «Yo creo con usted que es España la que agoniza. No se ve ningún movimiento salvador que sacuda y despierte al pueblo de su actual catalepsia, de su prolongada e incomprendible mansedumbre. Todos permanecen sordos, ciegos y paralíticos, ante el bochornoso estado presente de la Nación. El insistente clamor de reprobación que nos viene del extranjero nada significa para la inmensa legión de eunucos que nos deshonoran y envilecen».

Esta imitación que se hace de las palabras, los pensamientos y los gestos unamunianos no es producto de un papanatismo más o menos frívolo o bobalicón, como podría pensarse a primera vista. Se trata, más bien, de que la arrolladora personalidad de Unamuno y su contundencia crítica despertaban verdadera admiración y deseos de imitarlo. Como se sabe, siempre se desea ser lo que se admira. Y no sólo en los majoreros, sino en todos los que tuvieron contacto o trato con él. Sin ir más lejos, exactamente el mismo efecto había provocado nuestro autor entre los intelectuales grancanarios en su primer viaje a las islas, a principios de siglo, según escribe al mismo autor don Luis Millares Cubas, en carta de agosto de 1910: «El (sitio) de usted en esta casa está vacío. Todavía sentimos la vibración, simple inquietud a veces, trabajo doloroso otras, que su gran espíritu nos comunicó. Todos, quien más, quien menos, hemos guardado algo suyo. No es exageración: a veces sorprendo en algunos, giros, frases y hasta gestos de usted».

Obviamente, de esta manera quedaba don Miguel de Unamuno convertido de hecho en un miembro más —sin ninguna duda, el más destacado— de la familia majorera, como advierte Víctor San Martín en su correspondencia con el autor: «No he de decirle que su carta se aguardaba aquí con impaciencia grande, pues a usted no le miramos como a extraño, sino como a uno de nuestra familia»; «¿Por qué he de decirle, mi bueno de don Miguel, que su recuerdo permanecerá imborrable en mí? Nosotros todos le miramos como una cosa nuestra y al ver que usted no se olvida tampoco de los amigos no le podemos olvidar un instante». También Ramón Castañeyra le expresa el mismo sentir en su carta del 20 de febrero de 1925: «El día que reuní a sus amigos —que son todos los habitantes de este pueblo— se habló del interés que todos tenemos de demostrarle nuestra gratitud por su cariño a esta tierra. Le consideramos ya, mi querido don Miguel, como un majorero más».

Solamente si tenemos en cuenta esta veneración y rendida adoración que nuestros paisanos que lo conocieron personalmente sintieron por Unamuno, se explica

que su marcha de la isla, el día 9 de julio de 1924, supusiera una profunda conmoción para todos los que habían disfrutado durante casi cuatro meses de tan alto magisterio y paternidad intelectual. «En la tertulia —le escribe don Ramón Castañeyra en su carta del 22 de febrero de 1925— le recordamos con muchísima frecuencia. Bastante trabajo nos costó acostumbrarnos a no verle todos los días, como era nuestro deseo. Con su charla tan amena y sugestiva el tiempo transcurría plácidamente. Después que usted se marchó todos nos hemos vuelto taci-urnos. Usted nos estimulaba con su entereza y ejemplar energía, que todos debieran imitar. Pero sucede todo lo contrario. O indiferencia acomodaticia o rastrero servilismo».

Pero con la marcha, la admiración y veneración por don Miguel no decayó en absoluto. Antes al contrario: aumentaba a medida que pasaba el tiempo.

De una parte, las cartas que envía a los amigos de la isla no quedan reducidas al ámbito de lo privado, sino que se leen públicamente en la tertulia que el autor había creado en la isla (que siguió funcionando hasta años más tarde) y hasta circulan en copias por toda Fuerteventura y otros lugares del archipiélago, según comunican a don Miguel algunos de sus interlocutores en la isla. «Este fue el efecto que su carta tan bien escrita como suya produjo ayer tarde en la tertulia que usted presidió tres meses», le dice don José Castañeyra, en su carta del 21 de agosto de 1924. «Al punto nos reunimos todos los amigos para oír leer su carta quedando complacidísimos al ver la fervorosa acogida que le han hecho en Francia y los triunfos y laureles que usted va conquistando en ese hermoso país» (Víctor San Martín, carta del 22 de agosto de 1924). «Escucharon su lectura con religioso silencio y agradó a todos muchísimo, agradeciéndole profundamente la predilección que demuestra por nuestra amada Fuerteventura» (Ramón Castañeyra, carta del 20 de febrero de 1925). «He dado muchas copias de su carta y de su soneto 92, que ha gustado lo indecible. He leído su carta a don Matías López, al patriarca de Toto, a don Juan Suárez y demás amigos del interior. Don Aquilino, el directorista conejero, llevó una copia para Lanzarote» (ídem).

Es evidente que don Miguel de Unamuno no interesó solamente a sus amigos más entrañables del viejo Puerto de Cabras, sino que dejó huella en todos los majoreros que lo conocieron en su destierro, como ponen de manifiesto sus mismos interlocutores, que, en sus cartas, le mandan frecuentemente saludos de tal o cual persona que seguramente lo había tratado menos: «Don José Peña, hermano de don Domingo el de Toto, me pregunta frecuentemente por usted, y al igual que yo, se interesa vivamente por usted», le escribe Víctor San Martín en su carta del 1924 citada más arriba. «Don José Peña y su hermano don Ramón el de Toto y tantos otros amigos de aquí me encargan le saluden» (de la carta de 1928 del mismo autor). El mismo Unamuno sabe que las cosas son así. De ahí que, alguna de las cartas que dirige a Castañeyra sea en realidad carta a todos los majoreros: «Ya es hora, mis queridos amigos —y digo así porque ésta va dirigida a todos mis buenos amigos de esa ¡los mejores que tengo! que usted representa— ya es hora de que les escriba», empieza la primera misiva que envía a Ramón Castañeyra, el día 29 de

diciembre de 1924, apenas cinco meses después de salir de la isla. En otra posterior: «Bien quisiera ir dedicando un recuerdo a cada uno de ustedes, a su padre, a su hermano, a Don Víctor —le escribiré cuando me sienta en ánimo de confesión—, a Don Paco Medina, a Don Pancho el juez, a todos los de la tertulia inolvidable, al patriarca de Tetir... Don Matías López... Un abrazo a todos y Dios quiera que cuando vuelva los encuentre a todos en pie y sanos y animosos. Y volveremos a La Oliva y a Pájara, y a la finca de Barreira, y besaré con lágrimas en los ojos —como salí de ahí— esa tierra sedienta».

De otra parte, la andadura vital y profesional de Unamuno se sigue en la isla con grandísimo interés y hasta con entusiasmo. «En la prensa de Tenerife hemos visto estos días sus declaraciones políticas a un periodista antes de salir usted de Bruselas y yo creo que está usted en lo real pues el pueblo español es esencialmente monárquico» (Víctor San Martín, carta del 24). «Como leo con frecuencia todo lo que a usted se refiere, estaba enterado de su reciente viaje a Inglaterra y de las conferencias dadas por usted en varias universidades y en círculos hispanófilos ingleses; así como que fue usted huésped de los embajadores de España en París y Londres» (Ramón Castañeyra, carta del 22 de abril de 1936).

Como es lógico, este interés por la vida y obra de don Miguel se traduce, de un lado, en alegría en las épocas de mayor éxito del autor, como vemos en un párrafo de la carta citada anteriormente: «En cuanto al anterior cablegrama, me movió a dirigírselo, felicitándole, el haber leído en el periódico “Hoy”, de Las Palmas —por cierto con grandes titulares—, que habían concedido a usted el premio Nobel de Literatura. Estimo que, por muy merecido, se lo han de dar este año; máxime siendo presagio de ello la concesión del grado de «doctor honoris causa» que le otorgó la famosa Universidad de Oxford». De otro lado, se traduce también en tristeza profunda y sincera cuando la vida enseña al autor querido su lado más amargo, como en el caso del fallecimiento de su esposa doña Concha: «Me apena pensar, mi querido don Miguel, en la aflicción de usted al faltarle la que, estando tan cerca de su corazón, ponía el mejor empeño en animarle en las horas inevitables de desaliento y había de cuidarle con la mayor solicitud cuando llegaran los achaques de la ancianidad» (Ramón Castañeyra, carta del 26 de mayo de 1934).

En realidad, la veneración que sintieron por Unamuno los majoreros que lo trataron en los días de su destierro fue tal, que hasta los recuerdos materiales (principalmente una cruz y una condecoración belga) que dejó en la isla bajo la custodia de don Ramón Castañeyra se terminaron convirtiendo en auténticas reliquias: «Le viviré siempre profundamente agradecido por confiarme como recuerdo el regalo que le hizo el ex rey don Alfonso. Lo guardaré como una reliquia por habérmelo regalado usted y por haberle pertenecido. Cuando me encuentre en trance de muerte confiaré todo ello, para mí tan preciado y de mérito tan subido, a aquella institución que juzgue ponga más celoso cuidado en su custodia y conservación» (Ramón Castañeyra, carta de 1932). «He mandado hacer una vitrina para colocar sus obras dedicadas, la gran cruz y una condecoración belga que también se dejó usted. ¡Salvo que desee le envíe ésta última, lo que haría seguidamente!» (ídem).

El mismo don Ramón Castañeyra, sin duda, su confidente más íntimo en la isla, le solicita una fotografía para presidir su despacho: «Y ahora un ruego encarecido —le escribe en la citada carta del 32—. Si tiene una fotografía ampliada y reciente de usted, le agradeceré mucho me la envíe para colocarla en sitio preferente en mi despacho, que fue también su gabinete de meditación y de trabajo —pues aquí escribió varios sonetos— y lugar de tertulia, inolvidable para mí, “frente a la mar que sonrío a nuestras trágicas flaquezas”, como me decía usted en la carta que me envié desde París». ¿Cómo acogió don Miguel esta solicitud del amigo majorero? No lo sabemos, porque nuestro autor simplemente no dice nada al respecto en sus cartas. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que don Miguel consideraba que el fetichismo fotográfico, autobiográfico, etc., es, además de insustancial y ridículo, vejatorio para la dignidad humana. «Sería un día de liberación espiritual para un pueblo —dice en uno de sus discursos grancanarios— aquel en que todos los coleccionistas y las coleccionistas de autógrafos, álbumes y postales, los quemasen arrepiñtiéndose y haciendo propósito firme de no reincidir en tan feo vicio. Vicio de oquedad de espíritu, que es el peor de todos».

También es prueba incontestable de esta veneración el deseo y hasta la intención que tuvieron algunos de estos amigos de la isla fuerteventurosa de hacer a nuestro autor una visita a París, en la época en que éste se encontraba voluntariamente desterrado en Francia, o a Salamanca, tras su regreso de ese destierro. Es lo que le manifiesta Víctor San Martín en su carta del 6 de marzo de 1928: «¿Qué no daría yo por poder ir hasta ahí y estrechar su mano y acompañarle unos días en el destierro?». Más concreto en la intención es Ramón Castañeyra, que comunica al autor en su carta del 22 de abril del 36 lo siguiente: «Tengo en proyecto un viaje a esa península con el principal propósito de verle y estar una semana en su Salamanca y en comunicación frecuente con amigo tan querido y admirado. ¿Podré realizarlo pronto? ... ¡Quién sabe!».

Pero la expresión máxima de esta admiración colectiva por don Miguel de Unamuno la tenemos en la decisión que habían tomado algunos de nuestros paisanos de hacerlo hijo adoptivo y predilecto de Fuerteventura, nombramiento que no sabemos por qué razón no se llevó a efecto. La decisión se la comunica don Ramón Castañeyra al escritor en su carta del 20 de febrero de 1925: «...anhelamos que llegue la hora de cumplir nuestro acuerdo, adoptado por unanimidad el día que los congregué en mi despacho, de nombrarle tan pronto los ayuntamientos sean por elección popular, hijo adoptivo y predilecto de esta isla, que ya tiene el altísimo honor de considerarlo como su gloria más legítima».

Obviamente, la fascinación de Fuerteventura por don Miguel no ha desaparecido con la muerte del autor y de estos amigos queridos que lo trataron personalmente, sino que ha continuado renovada en las generaciones posteriores, como se aprecia tanto en las obras de arte que se hacen en la isla como en la sensibilidad de sus intelectuales e instituciones. Como tan certeramente vio Antonio Tovar, «el paso de don Miguel por la isla ha dejado un recuerdo legendario (...); las gentes que allí lo conocieron y acompañaron en los meses de su destierro transmitieron

a sus hijos y conciudadanos su admiración por aquel hombre extraordinario» (*Homenaje a Unamuno*, p. 11).

Así, los poetas de la isla le han dedicado diversas composiciones, en unos casos, loando su amor por Fuerteventura, como ocurre en el caso del siguiente poema de Domingo Velázquez, recogido en su obra *Isla llana*:

Itinerario unamuniano en la isla llana

Las arenas oyeron tus silencios...
Y la mar escuchaba tus preguntas y, humilde
—como gata doliente de una herida,
ronroneando a tu lado—, acercaba
la espuma de su lomo hacia tus pies desnudos.

Tu voz se dilataba en la llanura
de la isla, Miguel, y se creció en sus valles,
trepando a lo más alto,
desde donde los vientos sembrábanla en la historia.
Era un alado grito, silencioso y escueto,
que surcaba las frentes —cual arado romano—
con breve persistencia,
cribando el pensamiento, de bulbos perniciosos.

En las posadas nuestras, tú velaste las armas;
del pueblo majorero su alma hiciste tuya;
con él fuiste del brazo por las tierras ardientes,
predicando —cantando, ilustre pregonero—
su aliento, su medida, su valor, su nobleza.

Otras veces se le canta para lamentar la injusticia que supuso su confinamiento, como ocurre en la siguiente composición del libro *La tierra isla*, de Domingo Fuentes Curbelo:

La invasión de la tristeza

Un frío mes de diciembre
la tristeza te invadió.
¡Desgracia y suerte malditas!
Fuerteventura: prisión
para un hombre desterrado
que encendió su corazón.

Él proyectó tu semblante
con mano firme y amor.

¡Un gran poeta! Y ahora...
mágicamente el sudor
que brotaba de tu cuerpo
agria sangre se volvió.

Sangre, lágrimas, sentencias,
agonía y sinrazón:
símbolo inequívocable
de la misma maldición.

Pena y gloria de este pueblo
que nunca elevó su voz.

Si aquel poeta volviera
al lar que inmortalizó
se detendría a llorar,
redoble del corazón,
en la Montaña Quemada,
la montaña que él amó.

Sí, lloraría el poeta
como, seguro, lloró,
los días interminables
de su destierro feroz
con plantar cara a la muerte
y enaltecer la razón.

Obviamente, esta atracción que Unamuno ha ejercido sobre nuestros poetas va mucho más allá de lo puramente temático: ha trascendido al ámbito de la misma creación literaria. Todos ellos han asimilado hasta tal punto la concepción que Unamuno tenía de la isla y su imaginario poético, que se puede afirmar, sin la más mínima exageración, que la mayor parte de la obra de estos autores es profundamente unamuniana, como se aprecia, sin ir más lejos, en los mismos textos citados.

Incluso a los pintores majoreros ha llegado el eco de don Miguel. Así, Antonio Patallo ha dedicado varios cuadros a su figura, representándolo, en esos tonos sombríos que tanto gustaban a don Miguel, en los ámbitos de la isla más queridos por el autor.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMAS AYALA, Alfonso de; «Unamuno y Canarias (capítulo de un libro)», publicado en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, núm. x (1960), pp. 69-99.
- ARMAS MORALES, Inmaculada de; «Alrededor de Unamuno», en *Unamuno. Encuentro con la isla*, Las Palmas de Gran Canaria, 1999, pp. 27-31.

- BORGES, Vicente; «Unamuno, en zapatillas por Fuerteventura (Entrevista a Jesús Pérez Naranjo)», publicado en *El Día* de Santa Cruz de Tenerife del 8 de abril de 1956, pp. 3-4.
- Casa museo «Miguel de Unamuno» de Puerto del Rosario, *Epistolario de don Ramón Castañeyra Schamann, don José Castañeyra Carballo, don Víctor San Martín a don Miguel de Unamuno*, Fuerteventura, 1995.
- CASTRO MORALES, Federico, y QUESADA ACOSTA, Ana María; «Canarias y el recuerdo de Unamuno. El homenaje de Montaña Quemada», en *III Jornadas de Estudios de Fuerteventura y Lanzarote*, tomo III, Puerto del Rosario, 1989, pp. 539-555.
- EXCMO. Cabildo Insular de Fuerteventura, *Homenaje a Unamuno. Dámaso Alonso, Antonio Tovar, Francisco Ynduráin, Sebastián de la Nuez*, Puerto del Rosario, 1982.
- GÓMEZ AGUILERA, Fernando; «Epistolario entre Miguel de Unamuno y el Círculo de contertulios de Fuerteventura (1924-1936)», en *IV Jornadas de estudios sobre Lanzarote y Fuerteventura*, tomo II, Arrecife, 1995, pp. 711-727.
- GONZÁLEZ, Matías; «Textos poco conocidos de Unamuno referentes a Fuerteventura», en *I Jornadas de Historia de Fuerteventura y Lanzarote. Homenaje a Francisco Navarro Artiles*, Puerto del Rosario, 1987, pp. 521-530.
- MORERA, Marcial; «Los majoreros vistos por Unamuno», publicado en *Unamuno. Encuentro en la isla*, pp. 19-22.
- «Unamuno y Fuerteventura», publicado en *Tebeto. Anuario del Archivo Histórico Insular de Fuerteventura*, núm. XIII (2000) pp. 413-422.
- NAVARRO ARTILES, FRANCISCO; *Informe sobre el antiguo Hotel Fuerteventura, lugar donde vivió Unamuno en su destierro en la isla* (inédito).
- «La tertulia en la casa de don Ramón Castañeyra, en Puerto de Cabras», publicado en *Unamuno. Encuentro con la isla*, pp. 23-26.
- NUEZ CABALLERO, Sebastián de; *Unamuno en Canarias. Las islas, el mar y el destierro*, Universidad de La Laguna, 1966.
- «Unamuno y sus amigos canarios», en *Ensayos y documentos sobre Unamuno en Canarias*, La Laguna-Tenerife, 1998, pp. 13-32.
- VALBUENA PRAT, Ángel; «Introducción a “Notas de viaje. Unamuno en Canarias”», Santa Cruz de Tenerife, s. f.
- *Historia de la literatura española*, Barcelona, 1974.